

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi. —
Mater Dolorosa, poesia, por P. S. — Hay mas allá,
novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Leon-
tina, por Matilde Bourdon.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS A JULIA

(CONTINUACION)

El hombre es el fuerte cedro que desafía las tormentas; la mujer es la palmera perdida en los desiertos, que brinda al sediento viajero con el bálsamo de su fruto! Por esto él domina a la naturaleza, subyuga a los elementos: describe su curso al sol, aprisiona el rayo, y hasta alcanza a crear rayos, soles y elementos; pero nosotras nos apoderamos de esos rayos, de esos soles, de esos elementos, y los hacemos convergir de nuevo hacia el Creador Eterno! Es decir, lo que los hombres arrancan al cie-

lo, rastreándolo y contaminándolo con el lodo de la tierra, vuelve por medio de nuestra intervención purificado al cielo.

A ellos, pues, el mando, a ellos los honores, a ellos las dignidades y la gloria; a nosotras el amor, el sacrosanto amor que nos coloca sobre su altísimo pedestal, para que, suspendidas entre la tierra y el cielo, se dirijan a nosotras las miradas de los hombres cuando busquen a su Dios, y cuando descendan a alentar a los mismos prescritos de su reino.

— ¡Oh, vengan, vengan la obediencia y la humildad, vengan las tinieblas y el misterio, vengan las lágrimas y privaciones que tienen una recompensa tan hermosa! ¡Bendito, bendito Dios que nos ha hecho nacer mujeres! es decir: poesía, vida, luz, belleza inmaterial y sentimiento!...

¡Qué ser tan extraño es la abuela, Julia! ¿Dónde ha aprendido todo esto? ¿Pero no palpita violentamente mi corazón? No siento resonar en él una voz que me grita: — es cierto, es cierto! —

¡Ah, si; es su corazon quien se lo ha enseñado! ¡es el corazon nuestro único y celestial maestro!

XXV.

—En qué estábamos, Enriqueta? me preguntó la abuela tras un instante de silencio.

—En la ropa blanca, la respondí sonriendo.

—Es verdad: decíamos que el justo medio tan preconizado en todos los actos humanos, debia presidir tambien á éste. Hay mucha personas que tienen la mania de estar siempre comprando para equilibrar el gasto con sus facultades y no reparan en la calidad sino en el precio, lo cual á mi modo de ver es un absurdo.

Tanto en los lienzos como en las demás telas, lo primero que se debe atender es á la calidad y á su probable duracion. Mas vale hacerse dos camisas buenas que cuatro malas, que se rompen al instante; pues, aun cuando no fuera otra cosa, con las primeras se ahorrarian las puntadas y el tiempo que se emplea en hacerlas.

El saber comprar es una verdadera ciencia que da por resultado el bienestar y la economía.

Así, pues, en las telas destinadas á los vestidos debe atenderse mucho á los colores, porque lo que pierde, por bonito que sea, luego no sirve para nada. En su eleccion, lo mejor es escoger los colores medios, porque van bien con todo y no llaman la atencion, cosa muy desagradable para la que no puede mandar de trage cada día. Además, es preciso combinar lo que se compra con lo que se tiene para que case bien, porque hay cosas lindísimas que puestas con otras hacen un juego tan risible que pierden totalmente su mérito. Sobre todo, lo que hay que tener en cuenta es la edad, el aire y hasta el génio de la persona que debe llevarlo, porque el secreto de vestir bien, en mi concepto, consiste en la armonía del conjunto y la armonía de los adornos con aquel que los ostenta.

No sé si diré algun disparate, Enriqueta, porque habiendo vivido casi siempre en un rincon del mundo, todo esto no ha podido dictármelo más que el buen sentido.

Será por la misma razon que gusto estrordinariamente de las cosas sencillas y modestas. Así como yo considero uno de los primeros deberes sociales la compostura y el aseo, así me parece que con los adornos sencillos y que no llamen la atencion, están mas bellas las hermosas, y mucho, mucho menos ridiculas las feas. La rosa no nos cautiva menos porque esté en un sencillo pero terso vaso de cristal, mientras nos condelemos del elegante jarron de porcelana que ostenta un yerbajo del campo, pareciéndonos entonces este doblemente despreciable.

La sencillez no escluye el buen gusto, y el buen gusto constituye la elegancia.

Es una verdadera aberracion dar la preferencia á unas cosas sobre otras, solamente porque son mas caras, siendo así que mas caras, no quiere decir mas bonitas sino menos comunes. ¿Qué tienen de mas bello las piedras preciosas que las flores, sino que aquellas representan una suma considerable? ¿Qué tiene de mas elegante un vestido de damasco que otro de gró bien hecho, mas que la diferencia de su costo? Es natural que la mujer pretenda realzar sus gracias con el atavio, imitando á la naturaleza, que se reviste de las mas seductoras galas, para cautivar las miradas de los hombres; pero esto se consigue mucho mejor con lo bello que con lo rico.

Acostúmbrate y acostumbra á tus hijos á no demostrar esa pequeñez de espíritu, que nos induce á ser viles esclavos de las preocupaciones del mundo. Demos al César lo que es del César; demos á la sociedad todo lo que sea razonable y justo.

(Continuará.)

Angela Grassi.

MATER DOLOROSA.

Attendite, et videte, si est dolor
sicut dolor meus. (Jerem. 1. 12.)

Angel de la tristeza, que lloroso,
habitas del pesar en las regiones,
que cubres afligido y congojoso
de las tumbas el mármol silencioso
con tu manto de fúnebres crespones;

Deja tu lira destemplada y rota,
y orlada de ciprés la mística frente,
en tu caliz recibe gota á gota
las tristísimas lágrimas que agota
de Nazaret la Virgen inocente;

No dejes que las perlas de su llanto,
donde refleja el sol su luz más clara,
la tierra rieguen... ¡ay! que con espanto
el hijo eterno omnipotente y santo
su tremendo castigo amenazara.

Guárdalas cual la rosa del desierto
guarda en su cáliz el fragante aroma;
como guarda un amigo el lirio abierto
que del amigo sobre el mármol yerto
entre las grietas del sepulcro asoma.

Y vosotros, humanos, ved deshecho
el seno de esa Madre demolada:
mi suspiro exhala el hondo pecho,
y las manos juntando en nudo estrecho,
hacia el cielo levanta su mirada.

Dos opacos luceros son sus ojos,
y dos marchitas rosas sus mejillas;
sus labios del carmin son los despojos,
que entreabiertos, del duelo en los enojos,
quejas brotan amantes y sencillas.

Sus cabellos undosos y tendidos
cobijan las espaldas blandamente,
y arrancando tristísimos gemidos
exhala de su pecho en los latidos
su débil eco, lúgubre y doliente:

—¡Venid y ved, mortales,
Si hay en el mundo tan acerbos males
que puedan compararse á mi aflicción!
¡La inhumana saeta del deicida
volviendo de rechazo enfurecida
siete veces hirió mi corazón!

¡Ah, mi Jesús amado!
¡Cuán sola en esta tierra me has dejado!
¡Cuán llena de tormentos y de pesar!
en vano tornará la primavera
vistiendo con sus galas la pradera:
¡siempre gimiendo me verá al pasar!

¡Las rocas del Calvario
repetirán mi acento funerario
mientras el sol me alumbra con su luz!
¡Y solitaria tórtola, sin nido,
entonaré mi canto dolorido
sobre el sangriento leño de la cruz!

¡Me dejas por herencia
al hombre, cuya bárbara inclemencia
es causa de mi angustia y tu pasión!
Yo le amaré, porque también le amaste,
yo rogaré por él, pues Tú rogaste,
¡No importa que me hiera el corazón!!!
P. S.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

Una salva de aplausos y de bravos estalló por todas partes y las felicitaciones y los plácemes no tuvieron límites.

Nina era una verdadera maravilla destinada á dominar todas las almas con el poder de su acento.

El maestro Adrianesi estaba loco de alegría.

¡Aquel triunfo era suyo!

¿No había adivinado él solo lo que valía aquella criatura? ¿no la miraba como á una hija? ¿Quién pues como él tenía derecho para envanecerse con su gloria?

Al levantarse para acompañarla á su asiento, tuvo que ceder este derecho á un jóven que se habia anticipado para ofrecer su brazo á la niña. Este jóven era Adolfo.

Nina le miró un instante: sus mejillas se tiñeron de un vivo carmin, y vaciló entre tomar la mano de su maestro ó la de aquel desconocido.

Por fortuna Adrianesi la sacó de su apuro, haciéndose á un lado, é indicándole con una mirada que no debia desairar á quien con tal cortesía se brindaba á ser su caballero.

Ella entónces tomó el brazo de Adolfo y se dirigió al sitio que habia ocupado anteriormente y donde aun permanecía Clara.

Adolfo oyó á su paso los mil elogios que tributaban á la cantante y pudo notar al par la modestia y la turbacion de Nina, que daban mayor realce aun á su extraordinario mérito.

—Veo, dijo Clara, estrechando la mano de la jóven veo que no me han engañado, y que los ángeles se envanecerian de imitar su voz y su canto.

—Usted es demasiado amable conmigo, y su bondad y no mi mérito es la que la inspira tales palabras, murmuró la jóven humildemente.

—Oh! no, mis alabanzas son justas, y aun no bastan á expresar lo que siento.

—Mi hermana tiene razon, señorita, se apresuró á decir Adolfo, que habia ocupado un asiento junto á las dos niñas; mi hermana tiene razon: nada hay comparable al sentimiento y la dulzura de su voz.

Nina nada contestó: temblaba sin saber por qué, y su mirada tímida y suave fué la que pudo solo expresar su gratitud.

—Y ¿hace mucho tiempo que estudia V. con el maestro Adrianesi? le preguntó Clara que deseaba inspirar confianza á la artista y captarse su amistad.

—Oh! él ha sido el único que se ha interesado por mí y me ha enseñado lo que sé, respondió la jóven vivamente.

—¡Ah! él solo?

—Sí, señora; cuando le conocí era yo una pobre niña ignorante y olvidada y á no haber sido por su afecto, hoy viviria en mi aldea aun, sin porvenir y sin esperanza.

Clara que habia oido algo de la historia de Nina, prosiguió diciéndola con una mezcla de interés y curiosidad.

—¿Es acaso pariente de V.?

—No; los únicos lazos que nos ligan son los del cariño y la gratitud.

Adolfo no perdía una sola de las palabras de Nina, y en su mirada, fija en ella con insistencia, se notaba un interés que en vano trataba de ocultar.

—Segun eso, no tiene V. familia, señorita, murmuró Clara con voz dulce.

—Casi es así, respondió Nina, puesto que la mia la constituyen solo un anciano y una pobre ciega.

—Y... sus padres...?

—No los he conocido!

—Han muerto!

—Sí, señora; exclamó Nina sobre cuya casta frente se extendió una nube de pesar al evocar estos recuerdos.

Hubo algunos momentos de silencio.

Aquella triste conversacion promovida casualmente en medio de un salon de baile, impresionaba dolorosamente á los que la sostenian, y produciendo en la mente del que los escuchaba una lucha de ideas que nos fuera difícil explicar.

—He perdido en mi infancia á los dos seres á quien debo la vida, murmuró Nina débilmente y siguiendo el hilo de sus anteriores pensamientos y solo conservó de ellos un recuerdo... y un recuerdo harto vago. Por cierto.

—Cual? preguntó su compañera con rapidez.

—Un retrato... el de mi padre, señorita.

—Oh, murmuró Clara con un verdadero sentimiento, si jamás ha gozado de las caricias de una madre, debe V. haber sido bien desgraciada!

—Oh! no puede V. comprenderlo, señorita! y y sin embargo bendigo á Dios porque me ha dado la esperanza de ser algun dia útil á los que amo.

—Si para ello necesita V. una amiga, yo me ofrezco á serlo, murmuró Clara, con calor y sintiendo el poderoso ascendiente que Nina ejercia en cuantos la trataban. Si yo me ofrezco á serlo, pues aunque nada puedo por mí, cuento con mi madre, propicia siempre para todas las acciones nobles y generosas, y cuento además con mi tío el Marqués del Prado, que me ama como á su propia hija.

—El Marqués del Prado! exclamó Nina palideciendo densamente, y asaltada por un súbito recuerdo del Marqués del Prado ha dicho V.?

—Sí, respondió Clara sin reparar en la emocion de su interlocutora: él mismo; y ya ve V. si me querrá cuando por mí abra sus salones, despues de haber vivido retirado muchos años; desde la desgraciada muerte de su hijo Diego.

—Y... ¿estamos en casa del Marqués? preguntó Nina con voz temblorosa.

—Sin duda: ya he dicho á V. que es mi tío y que...

La conversacion se vió interrumpida en aquel

instante, pues Adrianesi se acercó y dijo á su protegida:

—Aunque me pesa en el alma separarte de esta señorita, que ya veo te distingue con su bondad, debo recordarte hija mia que muchas personas aguardan con impaciencia oírte la segunda pieza ofrecida, y vengo por tí para que las complazcas.

—Qué va V. á cantar ahora? preguntó Clara con bondad.

—Una plegaria á la Virgen compuesta expresamente para ella, y que se titula «La madre de la huérfana,» dijo Adrianesi viendo que Nina no contestaba.

—Si V. me concede tan alto honor, yo la conduciré al piano, dijo Adolfo con fina galanteria.

—Mi hija adoptiva tiene sin duda un placer en ello se apresuró á contestar Adrianesi: y los tres cruzaron el salon preocupados con bien diferentes ideas.

Nina temblaba como una azogada, y apenas podia tenerse de pié: tanta era su profunda emocion: estaba en casa del Marqués, podia verle de un instante á otro! Oh! la pobre niña sentia latir su corazon con violencia, y la memoria de su padre acudiendo á su mente la trastornaba por completo.

Sus ojos apenas distinguian los objetos, sus piés se negaban á sostenerla en medio de aquella sala llena de gente y de luz.

Por su parte el anciano maestro viendo á su protegida obsequiada por el jóven Adolfo.

—¡Quién sabe, pensaba, quien sabe! ¡artistas de menos mérito que ella han llegado á ser grandes señoras!

En cuanto al jóven se decia para sí: sintiéndose envanecido al cruzar entre la multitud.

—Todos me tendrán envidia en este momento! y la conquista de esta niña no seria cosa difícil! es huérfana, es pobre segun creo, y luego ese aire de candor... allá veremos!

Cuando Nina se adelantó para dejarse oír de nuevo, un murmullo de satisfaccion resonó por todas partes.

Uno de los jóvenes más conocidos por sus ruidosas calaveradas en la corte se aproximó al piano y dijo dirigiéndose á Adolfo.

—Si me lo permites tendré el honor de volver las hojas del papel de música que...

—Oh! ya ves que yo he solicitado ese derecho antes que tú,

—Cual derecho? preguntó el calavera á media voz, el de volver las hojas, ó el de rendir el corazon de la jóven artista?

—¿Tú crees que yo...? respondió Adolfo con una sonrisa que tenia mucho de impertinente.

—Oh! la diva lo merece, añadió su interlocutor.

—Sí, no lo niego, es linda en extremo, dijo el jóven con petulancia y muchos...

—Pues ten cuidado, porque aseguran que es tan virtuosa como bella, á no ser que intentes hacerla tu esposa...

—Yo! ¿estas loco? exclamó Adolfo.

—Sí es hermosa y buena...

—Pero segun creo carece de nombre, de familia, y tu sabes que la mia es muy exigente respecto al nacimiento y á la alcurnia.

Mientras el anterior diálogo tenia lugar, sostenido á media voz cerca de Nina, esta habia empezado á cantar, y su acento, de un encanto indecible, tenia en aquellos momentos más dulzura mayor armonia, impregnado del sentimiento que dominaba su alma.

Parecia que su canto, por decirlo así, estaba empapado en lágrimas y que aquella plegaria, aquellas frases, aquellas notas, eran un gemido del alma ó una queja del corazon.

Todos estaban conmovidos y pendientes de sus labios.

Hasta el anciano Marqués, poco accesible hasta entonces á la influencia de la música, se habia acercado insensiblemente y parecia absorto y dominado por el poder de aquellos sonidos.

Nina en aquellos momentos se accedia á sí misma.

Su emocion, sus recuerdos, sus dolores de niña, la memoria de su madre, la imagen de su padre, todo pasaba ante su vista en confuso tropel, pero con una fijeza admirable.

Su corazon, dominado por las emociones que la embargaban, y anegado en un mar de infinito sentimiento, parecia prestar á su voz todas las modulaciones de la ternura y el dolor, y en su semblante bello y candoroso se reflejaban en aquel instante todas las emociones que la embargaban.

De pronto, y cediendo á una fuerza desconocida, sus ojos se elevaron buscando algo en el espacio, y por una casualidad misteriosa fueron á fijarse en un cuadro colocado enfrente de ella y en el testero de la pared misma que ocupaba el piano.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuación.)

—¡Sí, sí, un sacerdote! Todos sabemos cómo estos señores hacen pesar su influencia sobre la débil cabeza de las mujeres, y con cuánta facilidad del dinero del marido desaparece entre sus manos, y los secretos del mismo ensus oídos. Sí, los secretos del marido; por esto no quiero, no consiento que vayas á pintarme á tu confesor con mis defectos, porque, aunque nadie está exento de ellos, no ignoro que los devotos angélicos como tú, en vez de atenerse á los suyos propios, se confiesan con gusto de los pecados ajenos.

—Pero, amigo, dijo Leontina sonriendo. ¿Cómo estás tan bien enterado de lo que pasa en el confesonario, frecuentándolo tan poco?

Esta observación suscitó en René un movimiento de cólera.

—¿Es decir que te burlas? Te estás mofando de mí con tu director sin duda! ¿Que de bromitas sobre el pobre marido! ¿Qué de excomuniones contra el impío, indigno de tener una santa, un ángel por esposa! Te haces la admirada... ¿crees que lo permitiré? Yo soy quien manda, y vas á experimentarlo. Ya puedes levantar los ojos al cielo, poner cara de extática, invocar á la Virgen y á los Santos; es inútil. Sin embargo, para que no te creas que soy tirano, te permitiré guardar los Mandamientos, oír Misa los domingos y confesar una vez al año: pero nada más. En lo sucesivo te prohibo que salgar de casa ni por la mañana tempranito, ni por la noche muy tarde, so pretexto de oír Misa ó asistir á novenas y sermones. Que no sepa que acompaña á Teresa á los conventos y boardillas que frecuenta; visitas muy comprometedoras que Mauricio, si fuera hombre de buen sentido, debiera impedir.

—¡Vamos! Dejemos á Teresa y á Mauricio, que viven felices en su casa.

—Lo cual quiere decir que te consideras desgraciada; ¡magnífico! Tienes un buen marido, una hija encantadora, un porvenir asegurado, una familia honrada; no importa, eres la más desgraciada de las criaturas, y no hay coronas

bastantes en el cielo para una mártir como tú. ¡Lloras! ¡lágrimas de santa! ¡lágrimas de mártir que acusan al verdugo! ¡Oh! mujeres! ¡siempre comedia!

—Amigo mío, dijo Leontina con candor, ¿por qué te irritas? ¿Por qué me afliges así? ¿Qué mal hago con ir á la iglesia? ¿Por ventura me hallas menos atenta, menos tuya?

—¡Oh! Eres el modelo de las mujeres, convenido; pero quiero añadir nuevos florones á tu corona. Lo dicho: á Misa los domingos y á confesar el día de Pascua, y nada más.

—Querido René, no te pido diversiones ni placeres; sólo te pido la libertad del alma, la libertad de orar!

—¿Te impido por ventura orar? Ora, ora, santa Leontina, tienes el campo libre; yo me voy...

La pobre no insistió más; lloró mucho, afligida con esta dureza, sublevada contra este abuso de que no sabía darse razón. Indignábase sobre todo al pensar en los beneficios que había recibido su marido de la misma Religión que calumniaba. Acordábase de los consejos saludables que había recibido en el santo tribunal, consejos que al purificar su alma, la afirmaban en el sendero del deber. La injusticia de estas acusaciones era en aquel momento lo que más la hería; pero muy pronto la idea de que la fuente de tantos consuelos, el foco de la verdadera luz iban á secarse para ella, la llenó de tristeza y de temor, pareciéndole que el suelo faltaba bajo sus pies.

—¡Dios mío! decía, temo perderos; ¡soy tan débil! Me alejan de vuestra casa. Dios mío, ¡no me abandoneis!

El día siguiente era el domingo, aprovechó el permiso y corrió á la iglesia: creyó que por última vez podía hablar con el sacerdote que la dirigía.

—Obedezca á su marido, le dijo, y la paz del Señor será con V.

Esta palabra pareció dura á Leontina, y á su ardor le costaba trabajo someterse. Teresa, sin embargo tuvo con ella el mismo lenguaje; al mismo tiempo que se compadecía de sus penas.

—Tú deseas, le dijo, ganar á tu marido para Dios; pues bien, hé aquí un medio eficaz: sufrir por él y para él.

—¡Si supiese cuánto me da que sufrir! con qué dureza ó injusticia me trata!

—Está ciego, mi buena Leontina; ten paciencia y lo recobrarás... Acuérdate que lo que dice el Evangelio: Bienaventurados los mansos, pues ellos poseerán la tierra.

—No me contrariaba él cuando me gustaba el mundo; entonces hubiera tenido libertad com-

pleta para el mal; sólo el bien encuentra obstáculos.

—Mira á tu alrededor, ¿no sucede siempre lo mismo? ¿Qué obra buena no experimenta contradicciones?

—Sí, lo comprendo entre personas extrañas; pero mi contradictor es quien debiera ser mi mejor amigo, el padre de mi hija. ¡Oh! Esa libertad para el bien que me rehúsa, ¿cómo se la toma completa para sí propio!

Teresa escuchaba estas quejas, y estos lamentos, sin darle pábulo con observaciones inoportunas; trataba de fortificar su alma simpatizando con un dolor tan real y tan vivo. Leontina había encontrado en la fe y en el fervor de las prácticas religiosas un consuelo para las grandes penas, un refugio para los grandes peligros, un alimento para su alma ardiente, una esperanza para los largos días de una vida sin alegría y sin sol, un horizonte luminoso para la eternidad. Arrebatábasele ese consejo celestial que la sostenía, esa presencia asidua ante el santo Tabernáculo, que era la atmósfera vivificante de su alma, y esta pobre alma abandonada temía perderse y perder á su Dios. Sentíase débil y abandonada como un peregrino perdido en la inmensidad del desierto, que tiene á la vista las ondas de polvo que le amenazan, que adivina tras los montones de arena la presencia de fieras devoradoras, que presiente el simoun capaz de secar sus pulmones, que pide al cielo una estrella que le guíe y á la tierra un poco de agua que mitigue su ardiente sed.

—Vamos, dijo con amor Teresa, no dejes de orar continuamente. ¿Crees que el Señor no te oirá?

La oracion en efecto fué para Leontina el áncora de salvacion: la oracion y la paciencia, la oracion y la esperanza, la oracion y la calma, la oracion y la fuerza de voluntad, fueron el apoyo de su alma. La primavera de la piedad había pasado; entraba en el verano, el verano que madura la mies y da en vez de flores gavillas y fruto. Fortalecida con esta primera prueba, se trazó un plan de vida: la oración mental, la meditacion, la comunicacion con Dios la poseían por entero; mas no por esto dejaba de cumplir con todos sus deberes, atendiendo á la educacion de Juana, al manejo de la casa, á las relaciones de familia y de la sociedad. Verdad es que no disponía para sí propia de hora alguna, porque todas las dedicaba á Dios y á sus obligaciones; sin embargo, nadie al verla tan amable y graciosa acaso mas que antes, hubiera dicho que la oracion á hurtadillas era su gran placer; que no leía ya—antes tan aficionada á las obras de ima-

ginacion—más que los libros útiles á Juana, ó aquellos que más y más podían infundirle las verdades religiosas; nadie sospechaba, sobre todo, que su corazon, al parecer tan sereno, estuviese sin cesar rodeado de espinas, y que de sus ojos risueños saliesen en secreto lágrimas sin cuento.

René, excitado por una mala influencia, atormentado acaso por los gritos de la conciencia, que nunca pueden ahogarse del todo, se iba volviendo cada dia más duro y acerbo para con su esposa, la cual no sabía cómo calmar su mal humor. Su ingenuidad, su alegría de otro tiempo habían desaparecido, ó por lo menos las dejaba á la puerta, y en su casa, cuando hablaba á su mujer, no se oían más que regaños y observaciones displicentes, seguidas de un enfurruñamiento insoportable. Censor despiadado, reprendía todo cuanto hacia Leontina; crítico austero, realzaba con amargura las faltas más insignificantes que escapasen á su compañera: si un movimiento de impaciencia la hacia estremecer, si levantaba la voz, si hallándose apurada contestaba con cierta viveza, si salía de sus labios algun murmurio, su marido se hacia el admirado.

Algunas veces parecia formalmente escandalizado, y daba á entender que los defectos de su mujer contribuían á alejarle de una Religion que ella tan mal practicaba. Este tono de conviccion era para el alma delicada de Leontina un golpe mas sensible que las indirectas y sarcasmos, cuya punta se había embotado algun tanto con la repeticion de los ataques. Habíase sometido á la frialdad de René, á su humor brusco y descontentadizo, al desden con que acogia sus atenciones y solicitud, á sus mandatos violentos y hasta caprichosos; había hecho violencia á su corazon, obligándole, á pesar de todo, amar á su marido, olvidando, ahogando para siempre cualquier otro afecto. Con todos estos sacrificios se había conformado; una sola pena se le hacia insuperable: el temor de ser un obstáculo á la salvacion de su esposo.

En semejantes combates es donde se depura y fortifica la virtud. Leontina, humillada, contrariada sin cesar, no teniendo más que á Dios por testigo de sus luchas y de sus desprendimientos, llegó á ser capaz de cualquier sacrificio. Su ardor se calmó, el suave calor de la edad madura sustituyó el hervor de la juventud; volvióse paciente en la contradiccion, adquirió el secreto de esas contestaciones candorosas que deshacen la cólera como por encanto; el silencio, sello de la caridad, detuvo las quejas en sus labios, y el mismo René concluyó por admirar, aunque sin confesarlo, una virtud tan fuerte é incansable.

Nunca Leontina se había preguntado á sí misma por Julia; presentia un secreto que no había querido penetrar, un manantial de agitaciones y dolores que no quería derramar sobre su vida, y acallaba sus reflexiones para no adivinar nada más allá de lo visible. Continuaba viendo á Julia sin buscarla, recibéndola sin dejarla entrar en sus intimidades, y Julia por su parte se admiraba de no inspirarle mayores celos.

Leontina amaba á René, pero la pasión había desaparecido; el atractivo no era más que un recuerdo: le amaba por deber, por costumbre; le amaba sobre todo porque era el padre de Juana, y porque sus corazones divididos se reunían en este amor que les era común. René amaba á su hija y acaso era ésta la principal causa para ser amado todavía de la madre, á pesar de la conducta inculcable que con ella guardaba.

XII.

El diario.

«Mi Juana crece, abandona la infancia; los años para mí tan pesados han volado para ella en medio de las delicias y del estudio de las primeras letras; siempre ha sido dichosa, y yo mismo la debo la única dicha de mi vida. Nunca se ha separado de mí: sobre mis rodillas ha tomado sus primeras lecciones: para instruirla he vuelto á abrir libros que hace tiempo tenía arrinconados; ambas hemos aprendido juntamente, ella con la frescura de su memoria, con los alboros de su talento vivaz, y yo con aplicación formal. Esperaba (y lo he conseguido) que si saliese airoso en mis primeras tentativas me la dejarían entre mis manos, y que mi querida y tierna compañera no me abandonaría nunca. ¡Qué no hubiera yo intentado con semejante esperanza! ¡Sabía por otra parte que si René me hubiese quitado mi hija, no la hubiera entregado á ninguna persona piadosa, y que la maestra escogida hubiera podido robarme el alma de mi hija y robarla también á Dios! ¡Oh mi querido tesoro! ¡Cuánto he trabajado, cuánto he rogado, cuánto he sufrido por tí! Tu no sabrás nunca, porque no podré decirte mis recelos pasados sin acusar á tu padre que amas, y á quien quiero yo también cuando te veo entre sus brazos.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Espiel. Señora doña J. M. y B., anotados los 28 rs. que envía.

Fernán Núñez. Señor don R. L., en nuestro poder los 6 rs.

Hospital de Rey. Señor don T. B., con las 7 pesetas que envía deja pagado hasta fin de febrero del 81, entendiéndose que los números que está recibiendo pertenecen al año 80.

Amandí. Señora doña J. G. de V., anotados los cuatro reales.

Alhama la Seca. Señor don M. M., recibidos los 10 reales y agradecidos á sus recuerdos.

Aldía del Cano. Señor don P. D. V., en nuestro poder las siete pesetas, tendremos sumo gusto en complacerlo.

Antequera. Señor don I. M., conforme con su cuenta.

Arroyo del Puerco. Señor don P. C., abonadas en su cuenta las 3 pesetas que envía.

Benaméjil. Señor don F. R., efectivamente tiene pagado hasta fin de diciembre del 80.

Baeza. Señor conde de C., con las 7 pesetas que envía deja pagado hasta fin de agosto del 81.

Aguilar. Señora doña J. S. de A., tiene V. abonada su suscripción hasta fin del año 80 con los 16 rs. que envía.

Carmona. Señora doña R. R. recibidos los 24 rs. y deja pagado hasta fin del 80.

Calulla. Señora doña C. C., recibidos los 12 rs.

Calahorra. Señora doña P. A., tanto V. como doña J. S., dejan pagado hasta fin de Junio del 80.

Cádiz. Señora doña I. del P. de S., quedan anotados á su nombre los 26 reales que envía.

Córdoba. Señor don F. C., los 12 rs. que se le reclamaban es para dejar pagado hasta fin de junio, y ya recibirá los números que le faltan hasta esa fecha.

Cehegín. Señor don J. M. C., recibidas las 17 pesetas y anotadas según desea.

Espiel. Señor don J. S. T., en nuestro poder los 12 rs. que envía, los números se los remitiremos en cuanto sepamos los que son.

Villanueva de Castellón. Señora doña D. V., la Lira Cristiana está unida á la colección de las obras, y no podemos remitirla sola, todas las obras completas valen 120 rs. y 32 mas, remitiéndolas empastadas.

Dicastillo. Señora doña P. M., recibida su carta y hecha la variación que desea; pero le rogamos nos diga en que punto reside doña A. V., pues no encontramos en ese su nombre.

Azuaga. Señora doña J. M. de E., en nuestro poder las 7 pesetas, con cuya cantidad queda renovada la suscripción.

(Continuará.)